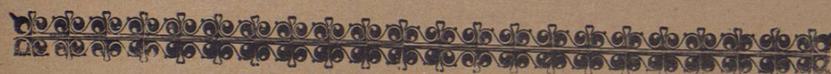


tólicas, en que si éste reveló el cristianismo esencial, aquella lo encarnó en la realidad y en la vida. Así, todos cuantos formaron la sociedad americana, tuvieron algún viso de progreso y crearon alguna institución de libertad. Los caballeros, los más reaccionarios, llevaban el culto al Parlamento y las protestas presentadas al capricho del arbitrario protector, en defensa de las prensas y de las Cámaras; los ciudadanos llevaban el hábito salvador de gobernarse á sí mismos en gobiernos locales parecidos á verdaderas repúblicas; los filósofos llevaban á la Pensilvania todos cuantos principios de justicia reveló en su gran desarrollo la filosofía británica; pero, sobre todo, y ante todo, los peregrinos, los puritanos, los verdaderos fundadores de aquella sociedad, llevaron el Evangelio, no en dogmas religiosos, no en principios abstractos, no en ideales vagos, en leyes hechas, en instituciones prácticas, en ideales realizables bajo aquel cielo sin la más leve sombra de mentira y sobre aquel territorio sin el más pequeño escombros de reacción. Las condensaciones del ideal de tres siglos, la palabra de Savonarola y la protesta de Lutero y la escuela de Calvino y la enseñanza de Knox y la filosofía de Bacon y la Iglesia de Comwell y la república, realizáronse en el espacio, tal y como las había soñado en sus abstracciones el pensamiento. Y esta condensación de todas las ideas progresivas; este resultado de todos los esfuerzos hechos por la humanidad para ir en sus vías adelante; los consorcios de la razón y de la fe; los resultados sociales del cristianismo teórico; la república, la democracia, la libertad; todo cuanto significa una sentencia fulminada sobre la cabeza de los reyes y llamamiento dirigido al espíritu y al poder de los pueblos, todo fué amparado por aquellos dos seres que debían resultar á la postre sus principales víctimas, por los reyes franceses, fundadores con Carlos III de nuestra España, del régimen republicano en América. Las bayonetas francesas no pudieron ir á derribar una corona tradicional sin deslustrar todas las coronas europeas. Los emisarios sajones como Franklin, arribaron á la corte versallesa vestidos de cuákeros, y lanzaron la electricidad revolucionaria en las más altas cumbres y eminencias sociales. Lafayette no pudo volver victorioso de la monarquía británica á amigo del primer presidente de la republicana sajona, sin que su paso dejara estelas de luz en el suelo y sin que su palabra dejara ecos de ideas en los espíritus, republicanizando así, mal de su grado, y contra su propia voluntad y pensamiento, la nación francesa. Los Reyes, Antonieta y Luis XVI, no debieron recombenir á nadie por la suerte suya, preparáronla en el bofetón dado á la mejilla del soberbio y legítimo Papa católico que se llamó Bonifacio XVI, en el cautiverio de Aviñón, en el licenciamiento de los templarios y de los jesuitas, en el apoyo de la democracia holandesa, en el combate por los pueblos luteranos de Alemania, en la guerra implacable al imperio austriaco y á la monarquía española, en el establecimiento aquí de la Paz Westfaliana y en el apoyo allá de la república sajona. Los Reyes fueron, pues, víctimas de su propia obra y reos de su propio pensamiento.



CAPÍTULO SEXTO

Las monarquías europeas rotas por la Francia republicana.

ESTE mes de Septiembre del año noventa y dos aparecerá en los anales del mundo por siempre como un mes genésico y creador. La Francia republicana, venció en el transcurso de sus días á la Europa monárquica. Roto el grande código de los pactos y transacciones entre la monarquía y la democracia; disuelto el Congreso legislativo por su propia voluntad; arrojado el último representante de los capetos de la torre del Temple; no constituía la Convención todavía; llegando los diputados de los cuatro extremos del horizonte sin género alguno de consigna; Francia, por tal modo viera en sí, de sí, para sí, como una entidad completa y superior, que sus ejércitos la obedecieron como viejas máquinas de antiguos poderes; y sus enemigos huyeron desbandados al eco de su prestigioso nombre y al resplandor de su inmarcesible gloria. ¡Cuál entusiasmo en las filas francesas al pie de la colina Valmy! Faraones más protervos que los egipcios; carros de guerra más terribles que los anegados en las hirvientes aguas del mar Rojo; caballos y caballeros quedaron allí rotos y deshechos en la última república como los tiranos de la primera quedaron deshechos al pie del Sinaí, donde relampagueaba y tronaba el nuevo ideal de los pueblos. Hurras estruendosos despedidos por los pechos republicanos triunfantes; banderas tricolores despertando en los mismos que las combatían el entusiasmo por la libertad; gorros frigios puestos sobre las bayonetas relucientes; himnos que hacían semejar aquellos ejércitos á un coro gigantesco y titánico, demostraron cómo allí moría la socie-

dad del privilegio y brotaba la sociedad del derecho. Mientras tanto los rotos prusianos ateridos de frío encienden varias hogueras que se creerían funerarias antorchas, recogen los uniformes que han salido ilesos de aquella contienda y los sacos que se han salvado de aquellas inundaciones torrenciales; toman mudos y silenciosos el camino de la retirada con los rostros desfigurados por las iras y las cóleras consiguientes á la derrota; y aquellos generales franceses; que les pican la retaguardia sin ánimos de concluir con ellos y menos exterminarlos, ven caballos muertos en montones, mochilas reventadas, fusiles rotos, sables arrojados en la fuga, cadáveres humanos por todas partes, letrinas llenas de sangre. Acostumbrado á las tradiciones victoriosas de Prusia; con la mayor confianza puesta en un ejército á quien se creyó hasta entonces invencible; después de haber esgrimido una táctica tomada por todos como inconstrastable método de combatir y triunfar; el Rey de Berlín, jefe de todos aquellos vencidos, no se daba cuenta de lo que acontecía y no daba crédito á sus propios ojos. Sin embargo, un espectáculo bien revelador y bien trágico se desarrollaba en aquel supremo instante. Los hijos de San Luis, con sus casacas azules, los caballeros del Espíritu Santo con sus llamaradas de aureos hilillos, los gentiles-hombres de veneras sin número y de títulos sin cuento, idos á Valmy como á una fiesta, creyendo que los demagogos huirían á su presencia y la nación entera abriría sus puertas, todos ellos golpeados, todos ellos maltrechos, todos ellos malheridos, volvíanse al Rey que les comandaba, sintiéndoles hervir las maldiciones en los labios y asomar los instintos de suicidio en el pecho, sin adivinar que habían peleado, no con los hombres, no con los elementos, con algo superior á los hombres y á los elementos, con las ideas del siglo, verdadera revelación de Dios. El Rey de Prusia, no obstante las reconveniones mudas ó expresas de los emigrados franceses, traidores á su patria, mostraba en aquel momento alguna conformidad, porque su propia conciencia debía decirle que los triunfos de Federico el Grande, que aquel establecimiento súbito de la monarquía luterana en el Nordeste alemán, que las rotas infligidas al Austria en tantos encuentros y combates, habían preparado providencialmente la revolución francesa, consecuencia del protestantismo victorioso, consecuencia del pacto westfaliano ya sólido, consecuencia de la filosofía enciclopédica, consecuencia de todo cuanto él y los suyos habían hecho en la sucesión de tres siglos esencialmente revolucionarios. Pero el Austria no estaba tan de buenas con los franceses como estaba la Prusia. El Austria se creía un viejo poder divino sitiado por una turba de sofistas y malhechores. Tacábale, pues, en aquel momento supremo combatir á Francia con los dientes y con las uñas; combatirla por todos los medios; exterminarla, si era preciso, como Dios exterminó las viejas ciudades bíblicas rebeldes á su voluntad y á su mandato. Así, mientras los prusianos á su germania se dirigían rotos y desalentadísimos; los austriacos arremetían con la ciudad de Lila, muy quemados, porque los revolucionarios habían puesto un caballo de madera en Thionville con un haz de heno en la

boca, diciendo que Thionville y Lila se rendirían en cuanto el animal aquel, de puro artificio, se comiera su pienso. Así el 29 de Septiembre las balas de cañón acribillan los muros de la ciudad francesa, las granadas truenan en las plazas y esparcen la muerte, caen sobre los edificios las bombas y agujerean toda la ciudad, mientras sus habitantes claman, que no podrá con ellos la venganza del Austria.

Estos parientes de Antonieta se pintan solos para comprometer á la desdichada reina y perderla. El imperio austriaco había cedido la gobernación de Bélgica en estos días al duque de Sajonia, casado con la célebre archiduquesa María Cristina, hermana de la prisionera en el Temple. Pues tal archiduquesa, naturalmente dotada por el cielo como todas las mujeres, de horror nativo á la guerra, de natural compasión, de genuina sensibilidad, de ternura y delicadeza, parece un marimacho; y no se le ocurre otra cosa que ir personalmente á presenciar las matanzas de Lila, el incendio de los hogares, el exterminio de los ciudadanos, las hendiduras parecidas á bostezos de sepulcros en el pavimento, los nubarrones de pólvora manchando el aire, las seis mil granadas y bombas que convierten aquella ciudad industrial y trabajadora, en un Etna donde se achicharra la carne humana y se disipa la humana sangre. Y no le bastaban á esta feroz amazona los medios é instrumentos ordinarios de la guerra; llenaba los explosivos lanzados sobre la ciudad con esencia de trementina para que á los estragos de la destrucción, siguleran los estragos del incendio. Buena opinión sobre la dinastía de los Austrias ante tales crímenes predominaría en París donde la hermana y el cuñado de Cristina, se hallaban como rehenes en poder de aquellos mismos á quienes Cristina en tamañas erupciones de pólvora y balas impiamente asesinaba. Cada paso que daban los deudos regios, esparcidos por el mundo y obligados á defender la familia real cautiva en Francia, cada paso á preservarla, por lo menos de la inmediata catástrofe, impeliála, desde los calabozos del Temple á los tablados del cadalso. Y sin resultado de ningún género, porque los habitantes de Lila, entusiastas de sus libertades, juramentados con juramento colectivo para defender hasta la muerte su derecho y su patria, resueltos á esas resoluciones supremas, tanto más fáciles cuanto que los unos se apoyaban sobre los otros en el empeño colosal, empeño suicida, pero heroico, no hacían caso ninguno de las bombas. Compañías enteras de bomberos, organizadas como ejércitos de la misericordia, frente y contra los ejércitos de la venganza, recorrían las calles apagando los fuegos con tanto mayor interés, cuanto que habían notado lanzaban los sitiadores sus bombas sobre las casuchas de los pobres y perdonaban las espléndidas viviendas de los ricos. Ni una sola puerta pudo cerrarse; ni una sola casa pudo quedar indefensa; todos acorrían á todos, estaban donde ardía el peligro como si los hogares privados fuesen un hogar colectivo y común. El grito de ¡viva la república!, servía como de consigna, concentraba los esparcidos, alentaba los débiles, reunía con los veteranos las mujeres y los niños, haciendo de Lila una grande

superior personalidad. El ayuntamiento estaba reunido en una continua y no interrumpida sesión y ninguno de los concejales á su puesto faltaba; cuando una bomba estalla, y el que parecía más pacato entre los regidores reunidos, se alza y dice con voz entera: «nadie ni nada interrumpirá nuestra sesión permanente». Todavía están incrustados en la pared de aquel salón, adscrito á las juntas municipales, los cascos de granada que reventaron en sus espacios. La connaturalización colectiva con el peligro perdurable, sugiere los más heroicos rasgos. Las mujeres llenan los artefactos destinados á extinguir el incendio, con aguas de cántaros conducidos al propio brazo. Los niños ayudan á las mujeres. Un joven siente caer á sus plantas pesadísima bomba; échale sobre su candente hierro capas y mantas que logran enfriarla y la cubre con un gorro frigio. El arte de quitar á los explosibles sus espoletas, llega en aquel momento á una verdadera maestría. Las mechas pasan de los hierros encendidos á las manos heroicas, como si fueran verdaderos juguetes. Un barbero recogió á la puerta de su barbería cierto casco de granada candente aún, y arrojándolo al agua de sus menesteres, apagólo, y luego lo llenó de jabón, diciendo: «hé aquí de hoy en adelante mi bacía». Estas bacías se ponen de moda y según refiere Merciere y repite Charlyle, ningún patriota francés se afeitaba entonces, sino en un casco de las bombas colectadas en Lila. ¿Quién podía vencer á un pueblo así? ¡Cuán vivo el sentimiento de libertad en los populares, cuán amortiguado el sentimiento de sus privilegios en los antiguos privilegiados del mundo! La nación que sabe defenderse así, no puede morir. Decíase que los franceses únicamente servían para el ataque, para el empuje, para el movimiento y ahora en Lila se ve, cómo sirven, y mucho, para la paciencia, para la constancia, para la tenacidad. El duque de Sajonia, tan implacable con el rey de Prusia, porque había retirado sus tropas de Valmy, tenía que retirarlas también de Lila, sin haber conseguido ningún otro resultado, que una inútil deshonra para sí mismo y un empuje más hacia el cadalso para los reyes hermanos de su mujer, á quienes protegiera impío con tantos y tan abominables crímenes.

Hay que leer en las Memorias de Goethe los horrores de las retiradas acometidas, tanto por los prusianos como por los austriacos, tras las dos derrotas de Lila y de Valmy: los carros de malheridos y enfermos que parecen carros de muertos enfangados en las sucias marismas; los caballeros de San Luis, aquellos recién vueltos con los ejércitos reaccionarios, debiendo salir de sus recién recuperados hogares sin más esperanza que la miseria y la muerte, allá en extrañas tierras; los caballos tendidos á las dos laderas de aquellas vías, despellejados y descarnados, no por el pico de los cuervos, por el hambre de los humanos; las afluencias de militares rotos, espeados, desnudos, famélicos, demandando socorro á gritos como náufragos y maldiciendo la hora en que habían por su desgracia combatido la república universal. Apenas acababa de proclamarse la nueva forma de gobierno el 21 de Septiembre, cuando ya recorría el mundo en alas de la victoria. Todos los

pueblos sentían que su futura suerte se hallaba unida con la suerte de Francia; y todos á una se rendían y entregaban al pueblo francés, como á su verdadero salvador. Michelet cuenta por fechas la rapidez con que corrió el ideal republicano en la Europa Central como un reguero de pólvora. El 21 de Septiembre se desplegó la bandera republicana sobre los topes de la Francia redimida; y el 24, Chambéry entra en el regazo francés; el 29 Niza; el 24 de Octubre la germánica Maguncia, entre los aplausos y gritos de Alemania, el 14 de Noviembre Bruselas y Amberes. Por primera vez vió el mundo una conquista, no por el estruendo de los combates, por el amor á las más luminosas idealidades. Los pueblos cristianos sintieron á una confundidos por aquello que había entre todos idéntico y común, por el humano derecho, fondo y fundamento de nuestra naturaleza. La maza hercúlea de la República nueva no caía sobre la independencia; no caía sobre la libertad; no caía sobre los hogares y menos sobre la vida de los pueblos; caía sobre la cadena de los siervos, sobre los braseros de la Inquisición, sobre las horcas del castillo, sobre las torturas del tormento, sobre la servidumbre del terruño, sobre todas las abominaciones y todos los horrores del viejo despotismo. Así á la victoria de Francia en Bélgica, y á la victoria en Saboya, y á la victoria en Alemania, y á la victoria en todas partes, por difusiones de luz ó por comunicaciones del espíritu nuevo entre todos los pueblos esclavizados, como si pasara un aura vivificadora del cielo, se ponían de pie los siervos, cosa tan difícil en aquellos tiempos como que se levantaran de sus sepulcros y rasgasen sus sudarios los muertos. El campesino sabía que la revolución le quitaba la corvea; el industrial que la revolución le quitaba el gremio; los comerciantes que la revolución les suprimía la tasa; los creyentes que la revolución les emancipaba el espíritu y les devolvía la conciencia; todos los hombres de buena fe conocían que la horca del pechero se caía de las barbancas del castillo y que la Inquisición del teócrata se apagaba sobre los altares católicos. Así, los pueblos ansiosos de libertad no aguardaban ejércitos de conquistadores, aguardaban ejércitos de artistas. Los soldados de Valmy, no eran solo en aquel momento artilleros que disparaban balas, zapadores que hacían reductos, ginetes que espoleaban caballos hacia el combate, infantes con la bayoneta calada; porque sobre todo esto podían ostentar un signo melodioso, diciendo á las gentes cómo formaban un coro, el cual despedía, no los estruendos del apocalíptico exterminio, los acentos de la Marsellesa. Este nombre de patria repetido en estrofas sublimes; las invocaciones fragorosas á la libertad querida; el ansia de morir en aras del ideal; tantos conjuros á los déspotas para que se precipitasen de sus tronos y á los pueblos para que se levantasen de sus terruños, alcanzaban que la electricidad revolucionaria moviese las inertes piedras, como si las piedras mismas fueran corazones libres. El montañés de Saboya puso la bandera tricolor sobre los altos de Montblanc, es decir, sobre los topes más encumbrados de todo nuestro continente; el argonauta Ligur de Niza llamó á su seno los ejércitos redentores; la entrada de los fran-